ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

CAER EN LA TRAMPA

PIEZA CÓMICA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

D. EDUARDO SANCHEZ DE CASTILLA

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1878.

[331:1]

CAER EN LA TRAMPA

9-6-1

PIEZA CÓMICA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

D. EDUARDO SANCHEZ DE CASTILLA

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro de Apolo, la noche del 15 de Junio de 1878

PERSONAJES.	ACTORES.
HORTENSIA.	Srta. Calderon.
LA BARONESA.	Sra. Zapatero.
NARCISO.	Sr. Castilla.
EL CORONEL (1).	» Sanchez de Leon.
TORIBIO.	» Calvo (D. J.).

(1) Del desempeño de este personaje estaba encargado el Sr. D. Ricardo Guerra; pero una ligera indisposicion de éste hizo que el Sr. Sanchez de Leon se prestára galantemente á sustituirle, no obstante ser un papel ajeno á su carácter.

La accion, en Madrid.—Epoca actual.

Entiéndase por derecha é izquierda las del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO son los exclusivos encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

860.82
Sp24
v.331

REMOTE STORAGE

ACTO ÚNICO.

Gabinete elegante. Puerta al foro y laterales. Balcon á la derecha, en segundo término. Al alzarse el telon se oye la música de una estudiantina que pasa por la calle.

ESCENA PRIMERA.

TORIBIO *sale corriendo por el foro y se dirige á mirar por el balcon.*

TORIBIO. ¡Anda! ¡Otra estudiantina! ¡Y van cuatro con ésta! ¡Carnaval más animado!... ¡Digo! ¡Para que yo dejára de vestirme como de costumbre!... Ya tengo encargado mi traje de Pirrote, que es el que usamos los miembros de la aristocracia. ¡Soy yo muy trucha! Y el amo que me dijo hace poco: «Toribio, me marcho á Guadalajara: ¡cuenta con no moverte de casa hasta que yo vuelva!...» Conque si supiera que voy á desfigurarme vestido de máscara... Me desloma-ba, de fijo, porque es mi amo más bruto... más que yo, que no es poco decir. ¡Calle! la señora Baronesa.

ESCENA II.

DICHO, *y la* BARONESA *por el foro.*

BARON. Dios te guarde, fámulo.

TORIBIO. Tenga V. muy buenos dias. (¡Me llama fámulo, como si no supiera que soy gallego!)

BARON. Trasmite á mi amada sobrina el mensaje de mi arribo al edificio. (*Toribio se queda mirándola estúpidamente sin comprenderla.*) ¿Por qué te abstienes?

TORIBIO. No he comprendido bien eso del derribo del edificio.

BARON. (¡Qué estólido es este heraldo!) Digo que anuncies mi llegada á tu señora y dueña.

TORIBIO. ¡Ah! Pues ella misma viene hácia aquí en persona.

BARON. Entónces, retráete. (*Indicándole que se vaya.*)

TORIBIO. (Me parece que esta señora no habla el castellano tan claro como yo.) (*Vase por el foro.*)

ESCENA III.

☞ La Baronesa, *y* Hortensia *por la primera puerta izquierda.*

Horten. ¡Querida tia!
Baron. ¡Ilustre sobrina! (*Se abrazan.*)
Horten. ¿Qué casualidad es esta?
Baron. Me desespera el ostracismo en que vivo; y en un dia como el de hoy, cuando las máscaras recorren el perímetro de la córte, nada más natural que busque con quién agruparme.
Horten. Pues ha llegado V. con una oportunidad...
Baron. Sepamos qué acontece.
Horten. Tengo que confiar á V. un secreto.
Baron. Ese es mi fuerte.
Horten. ¿Se acuerda V. de Narciso?
Baron. ¿El de la fábula?
Horten. No tal. Aquel jóven que me galanteaba desde mucho ántes de mi matrimonio.
Baron. Tengo así como una remembranza... Pero nunca conseguí lanzarle la visual.
Horten. El pobre se marchó á París, con objeto de recoger la herencia de un tio suyo que acababa de morir, prometiéndome que á su vuelta nos uniríamos para siempre.
Baron. Y miéntras él realizaba su mision en una potencia extranjera, un candidato más afortunado te llevaba ante la pira de Himeneo.
Horten. Pero ya sabe V. cuán á pesar mio!
Baron. Ciertamente: el Coronel y tú formais una dualidad incompatible.
Horten. ¡Yo unida á un hombre tan brusco, tan atroz, que sólo piensa en fraguar conspiraciones!
Baron. Eso está en su idiosincrasia.
Horten. ¡Cuán diferente de Narciso, todo dulzura y bondad! Yo hubiera sido muy feliz á su lado.
Baron. Lo propio aconteció en mi distrito, quiero decir, en mi casa. Yo tambien acepté la coyunda de mi esposo el Baron, obligada por la razon de Estado; pero su muerte me dejó de nuevo sede vacante. Volvamos á Narciso. ¿Dónde radica actualmente?
Horten. Hace poco más de un mes que tornó á la córte, donde ha establecido un magnífico depósito de perfumería.
Baron. ¡Una perfumería! ¡Si supieras qué recuerdos tiene para mí esa odorífica industria!...
Horten. ¡Cómo!...
Baron. Hace unas cuantas noches, me ví obligada á tomar el tram-

vía para trasportarme á mi *châlet*. El vehículo sólo se hallaba ocupado por un bello adolescente que me saludó con la mayor urbanidad. Partimos: durante la trayectoría no nos dirigimos ni el más ligero apóstrofe; pero al apearnos los dos frente al peristilo de mi poético albergue, noto la falta de mi pañuelo; el jóven se lanza al carruaje para buscarlo; éste emprende la marcha; mi acompañante es repercutido...

HORTEN. ¡Oh Dios!

BARON. Una abundante emision de sangre por la nariz fué la consecuencia inmediata de su caida. Entónces le hice penetrar en mi *châlet*, donde le prodigué toda clase de cuidados, y se eliminó por último, dejándome como recuerdo de aquel episodio...

HORTEN. ¿Alguna sortija?

BARON. No. Un frasquito de pachulí que llevaba en el bolsillo. Mírale (*Lo saca del bolsillo.*)

HORTEN. ¡Es curioso!...

BARON. Desde entónces no ha vuelto á ingerirse en mi camino; pero su individualidad quedó grabada aquí (*En la cabeza.*) y aquí (*En el corazon.*).

HORTEN. ¿Es posible, tia?

BARON. ¿Y por qué no? ¿Crees acaso que he renunciado para siempre al credo amoroso? Pero volvamos de nuevo á tu narracion. Decias que tu antiguo Adónis...

HORTEN. Volvió más enamorado que nunca, y al verse burlado tan cruelmente...

BARON. Se sublevaria contra el actual órden de cosas.

HORTEN. Dicen que el pobrecito ha estado á punto de morirse de pena. Esto es horrible, ¿no es verdad?

BARON. ¿Y qué remedio? Ante los hechos consumados, hay que doblegar la cerviz.

HORTEN. ¡Oh! Pero yo debo á Narciso una explicacion de mi conducta!...

BARON. ¡Cómo!

HORTEN. Es un deber de conciencia que estoy resuelta á cumplir á todo todo trance.

BARON. Explana tu tésis.

HORTEN. Esta mañana le he enviado un anónimo citándole aquí mismo, y ya no debe tardar.

BARON. ¡Qué escucho! Vas á dar lugar á una situacion como la del *Ballo in maschera*.

HORTEN. ¡Qué disparate!... Mi esposo se halla á estas horas camino de Guadalajara.

BARON. Eso no empece. Yo te aseguro que el caso «Andrà domani per la citâ.» (*Cantando con el aire del «Ballo in Maschera» correspondiente á la frase.*)

HORTEN. ¡Pero tia!
BARON. ¡Desgraciada! ¿Quieres originar una espantosa catástrofe?
HORTEN. Me asusta V.
BARON. ¿Quieres que tu cónyuge vislumbre la ofensa y exclame: «Si, si fra poco, di sangue un rio.» (*Aire de «María di Rohan.»*)
HORTEN. ¡Ay qué horror! No, por Dios. Ahora conozco mi imprudencia.
BARON. Tarde piace.
HORTEN. ¿Y qué hacer? Ya es la hora de la cita.
BARON. ¡Desdichada! ¡Ibas á dar el salto del Pasiego; pero yo te salvaré... (*Pónese á escuchar por el foro.*)
HORTEN. ¡Cómo!
BARON. César está á las puertas de Roma. Sígueme. (*Vanse las dos por la primera puerta izquierda.*)

ESCENA IV.

NARCISO *y* TORIBIO *por el foro. El segundo, con un lío de ropa en la mano.*

TORIBIO. Tenga V. la filosofía de esperar en este gabinete.
NARCISO. Está muy bien. (*Mirando con recelo en derredor de sí.*)
TORIBIO. ¿Si será este traje de Pirrote legítimo? (*Coloca el lío sobre una silla, lo abre y se pone á examinarlo.*)
NARCISO. ¡Aventura más original!... ¡No saber todavía quién me ha dado esta cita!...)
TORIBIO. (Si yo me atreviera á preguntarle á este señorito...)
NARCISO. (Si el lacayo quisiera informarme...) Oye, tú.
TORIBIO. ¿Qué manda V.?
NARCISO. ¿Dime? ¿Quién vive aquí?
TORIBIO. ¿Aquí?... Aquí vivo yo.
NARCISO. ¡Cómo! ¿Solo?
TORIBIO. ¡Cá! no, señor. Con todos los demas criados, y... con los señores.
NARCISO. ¡Ah! ya. ¿Y quiénes son los señores?
TORIBIO. ¿Pues no se lo he dicho á V. ya? Los que viven aquí conmigo.
NARCISO. ¿Sí, eh? (Por lo visto tiene órden de eludir mis preguntas.)
TORIBIO. (*Que ha vuelto á examinar el traje que trae en el lío.*) (Yo me atrevo.) Señorito.
NARCISO. ¿Qué?
TORIBIO. Yo quisiera pedirle á V. una molestia.
NARCISO. ¿Una molestia?
TORIBIO. Que me dijera V. si este traje es de Pirrote. (*Mostrándoselo.*)

NARCISO. Sí lo es. ¿Es para tí?

TORIBIO. Sí, señor. Yo me visto todos los años. No me gusta que en el Prado me echen de ménos.

NARCISO. (¡Habrá estúpido!)

TORIBIO. Voy á esconderlo aquí hasta luégo, y á anunciarle á usted. (¡Lo que me voy á diversionar!) (*Mete el lío en la segunda habitacion izquierda, cerrando la puerta. Despues entra en la primera, saliendo en seguida y desapareciendo por el foro.*)

ESCENA V.

NARCISO *solo.*

Pues señor: ¡No sé que pensar de todo esto! El billete perfumado; la astuta dueña encargada de trasmitírmelo; el misterio que tanto se me recomienda... todo hace creer que he flechado el corazon de alguna hermosa castellana. ¿Y por qué no? Yo soy de lo mejorcito que hay en el ramo de perfumistas. Luégo, ¡como huele uno tan bien!... Y debe tratarse de alguna señorona, á juzgar por el lujo que se observa en toda la casa. Debe ser delicioso disfrutar de todo esto sin tener que pagarlo. (*Se deja caer con fruicion en una butaca.*) Puede decirse que esta conquista es para mí providencial, porque ella ahuyentará de mi alma el recuerdo de la más ingrata de las mujeres. ¡Ay, Hortensia! Yo hubiera sido para tí un esposo tierno como el cold-cream y suave como la glicerina; pero has dado la preferencia al espliego sobre el benjuí; el jabon de fregar te pareció mejor que el de lechuga, y otorgaste el triple extracto de tu belleza á un sér anti-aromático, incapaz de perfumar tu existencia como yo lo hubiera hecho. ¡Cómo ha de ser! Pensemos ahora en la hermosa ninfa que habita esta mansion y en parecerle lo más agradable posible. (*Se levanta y se mira á un espejo.*) Creo que no he olvidado ni un detalle.)¡Ah! Me echaré unas gotitas de pachulí. (*Saca un botecito del bolsillo y se rocía por todo el cuerpo muy de prisa.*)

ESCENA VI.

DICHOS *y la* BARONESA.

BARON. (Allí está. Preparemos el terreno diplomáticamente.) Caballero...

NARCISO. (*Volviéndose rápidamente, pero sin atreverse á mirar á la Baronesa.*) ¡Ah! Señora... (No me atrevo á mirarla. ¡Debe ser hechicera!)

BARON. Vamos, avecínese usted.
NARCISO. Señora, yo... (*Alza la vista para mirar á la Baronesa y dan los dos un grito al reconocerse.*) ¡Qué veo!
BARON. (¡Cielos! ¡El jóven de la hemorragia!)
NARCISO. (¡La del tramvía!)
BARON. (¡Funesta coincidencia!)
NARCISO. (¡Y es esta la ninfa que yo me figuraba!)
BARON. (Perder esta oportunidad no entra en mis teorías.)
NARCISO. (¡Vaya un camelo de mal género!)
BARON. (Serenidad.) Usted sin duda habrá extrañado esta convocatoria...
NARCISO. ¡Psh! Así, así. (No se qué decirla.)
BARON. Habrá V. forjado acerca de ella mil cálculos...
NARCISO. ¿Cálculos? No, señora; de eso ha muerto mi tio.
BARON. ¿De qué?
NARCISO. De un cálculo.
BARON. Mal se aviene el estilo epigramático con las tiernas manifestaciones del alma.
NARCISO. (¿A dónde irá á parar?)
BARON. Crea V. que aquel lamentable incidente me tenía tan inquieta...
NARCISO. El... ¡Ah! ¿mi costalada de la otra noche?
BARON. Aun la siento aquí. (*Señala al corazon.*)
NARCISO. Pues yo aquí. (*Indicando las costillas con un gesto doloroso.*)
BARON. Es cuestion de sentimientos.
NARCISO. No, señora; es cuestion de árnica.
BARON. Mire V. (*Sacando el bote que enseñó ántes á Hortensia.*)
NARCISO. Qué, ¿es árnica?
BARON. No: el bote de pachulí que me regaló V.
NARCISO. Me avergüenzo de haber hecho á V. una dádiva tan mezquina.
BARON. Para mí tiene un valor inconmensurable.
NARCISO. Entónces sírvase V. aceptar este otro: es de milflores. (*Sacando un botecito del bolsillo y dándoselo.*)
BARON. Mil gracias. Es V. tan simpático como fragante.
NARCISO. ¿Yo? (Creo que me requiebra.)
BARON. ¡Ay!, si las leyes que rigen al bello sexo fueran un poco más expansivas...
NARCISO. No, señora: dejemos las cosas como están.
BARON. Si V. me autorizára competentemente...
NARCISO. ¿Para qué, señora?
BARON. Para explorar ese corazon...
NARCISO. Bien; pues la autorizo á V. (Miéntras no sea más que explorar...)
BARON. (*Pausa.*) ¿Ama V.?
NARCISO. No, señora.
BARON. ¿Y es V. completamente libre?

NARCISO. Sí, señora: libre como el sinsonte, como el colibrí, como la chocha.

BARON. (¡Qué grata revelacion!) ¿Y no turba su sosiego el recuerdo de alguna pasion malograda?

NARCISO. ¿Eh? (¿Qué quiere decir?)

BARON. ¿No vislumbra V. alguna vez en sus sueños la silueta de Hortensia?

NARCISO. ¡Cómo! ¿Usted sabé?

BARON. Conozco toda la epopeya de esos amores. Hortensia es deuda mia.

NARCISO. Entónces comprenderá V. la razon que me asiste para evaporar de mi alma hasta la última molécula del amor que supo inspirarme.

BARON. Luégo si el destino os colocára un dia *tête à tête*...

NARCISO. Me sería indiferente. Yo sé muy bien dominarme. Aquí donde V. me ve, soy todo un hombre.

BARON. (¡Respira, corazon!) ¿Y tiene V. alguna nueva belleza en en cartera?

NARCISO. No, señora.

BARON. Vamos, Narciso, no sea V. tiranuelo.

NARCISO. ¿Eh?

BARON. Yo le hacía á V. un poco más efervescente.

NARCISO. Ya; como la gaseosa.

BARON. ¿Nada le dice á V. el carmin que colorea mis mejillas?

NARCISO. ¿El carmin...? Con efecto; no habia reparado... ¿Usted usa el vinagrillo de la casa Guerlain?

BARON. ¿Qué dice usted?

NARCISO. Es el más recomendable de todos. Aquí debo tener precisamente... (*Saca un bote del bolsillo y se lo da á la Baronesa.*)

BARON. ¡Otro bote! Es V. pródigo en demasía.

NARCISO. Como yo lo que deseo es popularizarme, siempre estoy dando botes. (*Dando saltitos en la butaca.*)

BARON. ¡Ay Narciso!

NARCISO. Baronesa...

BARON. Si V. pudiera medir la intensidad de mis sufrimientos...

NARCISO. ¡Ah! ¿Sufre usted...?

BARON. Mucho; pero mucho. *Beaucoup.*

NARCISO. (¡Malo, que ya habla en frances!)

BARON. Y usted, ¿no sufre?

NARCISO. Sí, señora; algunas veces suelen salirme sabañones.

BARON. ¡Ingrato! en vano trata V. de disimular.

NARCISO. ¿Yo?

BARON. Esas miradas, esas frases balbucientes que producen en mi alma eléctricas vibraciones...

NARCISO. (Ahora me toma por un teléfono.)

BARON. Basta de padecer. Habla.

NARCISO. (¡Me tutea! ¡Si querrá seducirme!)
BARON. Deja estallar la dinamita de tus sentimientos.
NARCISO. (¡Zambomba!)
BARON. ¿Te lo impide el rubor propio de tu inexperiencia? Pues yo seré la que salte la valla.
NARCISO. (Frase de hipódromo.)
BARON. Narciso, yo te... (*Antes de que pueda terminar la frase, se oye tocar en un piano en la habitacion en que está Hortensia, el aire de* UN BALLO IN MASCHERA *correspondiente al verso «Andrà dimane per la città.»*) ¡Cielos! (*Reprimiéndose avergonzada.*)
NARCISO. ¿Qué es eso?
BARON. (¡Hortensia! ¡Si nos habrá escuchado!)
NARCISO. ¿Quisiera V. explicarme?.....
BARON. Jóven, nuestra conferencia ha terminado por ahora. La fatalidad me ordena ceder mi puesto á otra dama.
NARCISO. (*Con alegría.*) ¡Qué escucho!
BARON. Comprendo el pesar que esto debe ocasionarle; pero júreme V. conducirse como quien es.
NARCISO. ¿Como un perfumista?
BARON. Como un perfumista caballero.
NARCISO. Lo juro.
BARON. Gracias, Narciso. (*Dándole la mano.*)
NARCISO. No hay de qué, Baronesa.
BARON. Pronto volverémos á vernos. Entre tanto, amor y diplomacia.
NARCISO. Pero yo quisiera saber...
BARON. Adios. (*Muy romántica y deteniéndole con un ademan.*)
NARCISO. (*Indiferente y volviéndole la espalda.*) Hasta la vista.

ESCENA VII.

NARCISO. *Despues*, HORTENSIA.

NARCISO. «La fatalidad me ordena ceder mi puesto á otra dama.» ¡Oh felicidad! Pero ¿saldrémos luégo con que la tal dama es otra momia por el estilo? No lo creo; no quiero creerlo. De todos modos, estoy dispuesto á seguir hasta el fin tan extraña aventura. Oigo crujir un vestido... Pachulí. (*Saca el botecito de ántes y se rocia rápidamente.*)
HORTEN. (¡Es particular! Mi tia está furiosa y se niega á darme explicaciones...) ¡Oh! acabemos de una vez ¡Narciso!
NARCISO. (*Volviéndose rápidamente.*) Señora... (*Reconociéndola, lanza un grito de alegría.*) ¡Hortensia! (*Volviéndole la espalda y cambiando súbitamente de entonacion.*) ¡Pérfida!
HORTEN. (*Suplicante.*) Narciso...
NARCISO. Señora, yo no soy ya Narciso: soy un cardo silvestre.

HORTEN. Conozco que te sobra razon para estar irritado contra mí; pero tú eres bueno y me perdonarás generosamente.

NARCISO. Lo que voy á hacer es tomar la puerta ahora mismo.

HORTEN. (*Sujetándole.*) ¡Detente!

NARCISO. Señora, no me toque V., que eso está mal visto.

HORTEN. No has de irte sin que me escuches.

NARCISO. Es inútil. Usted fué un tiempo el *bouquet* que embalsamaba mi vida; pero su conducta la ha trasformado en el depilatorio de mis ilusiones.

HORTEN. Pero...

NARCISO. Usted ha burlado inhumanamente mi amor, para unirse á un soldadote brusco, conspirador, y feo...

HORTEN. ¡Narciso!

NARCISO. Sí, señora; feo, elevado al cubo. ¿Y todo por qué? Porque era más rico que yo.

HORTEN. ¡Qué oigo!

NARCISO. Así me lo han asegurado.

HORTEN. Esa es una infame calumnia. Si yo le dí mi mano fué sólo por salvar la vida de mi padre.

NARCISO. ¡Cómo!

HORTEN. El Gobierno acababa de descubrir una horrible conspiracion política; el Coronel poseia ciertos documentos que probaban la complicidad de mi padre en ella, y nos amenazó con publicarlos, si yo no consentia en ser su esposa.

NARCISO. ¡Qué infamia!

HORTEN. Tuve pues que resignarme y casarme con el Coronel. ¿No hubieras tú hecho lo mismo?

NARCISO. Señora, yo ¿qué me habia de casar?...

HORTEN. ¡Enojarte de ese modo, tratarme tan duramente, cuando por obtener tu perdon te he citado en mi misma casa, exponiéndome á que mi esposo se entere y te atraviese de parte á parte!

NARCISO. ¡Caracoles! (*Echa á correr.*)

HORTEN. No, no temas: afortunadamente no se halla en Madrid.

NARCISO. Ya eso es distinto. (*Volviendo al lado de Hortensia.*)

HORTEN. Conque me perdonas, ¿no es cierto? ¿Reconoces mi inocencia?

NARCISO. Sí, Hortensia; eres inocente, tan inocente como hermosa. Mírame ya más suave que la zaragatona. (*Se arroja á sus piés.*)

HORTEN. ¿Qué haces?

NARCISO. Dime que me amas todavía: dímelo, ó voy á convertirme á tus piés en cascarilla americana.

HORTEN. Narciso... (*En este momento se oye en el piano el mismo aire que en la escena anterior.*) ¡Ah! (*Reponiéndose vivamente.*)

NARCISO. ¡Calle! ¿Otra vez?

HORTEN. Esas notas me recuerdan que no debes permanecer aquí ni un momento más.

NARCISO. ¡Qué dices!
HORTEN. El honor, el deber, lo exigen.
NARCISO. Es verdad. Lo habia olvidado. Me marcho; pero tú seguirás siendo, como hasta aquí, el opoponax de mis pensamientos.
HORTEN. (¡Pobrecillo!) (*Muy conmovida.*)
NARCISO. Adios, Hortensia, adios para siempre... (*Idem.*)
HORTEN. (*Rápidamente.*) Para siempre, no.
NARCISO. (*Alegre.*) ¡Qué dices!...
HORTEN. Yo no quiero dejar de verte.
NARCISO. ¿Hablas de véras?
HORTEN. Me parece que podemos seguir siendo amigos sin ofender á nadie.
NARCISO. Pues está claro.
HORTEN. Eso se ve muy á menudo.
NARCISO. ¡Vaya! Y lo que no se ve.
HORTEN. No dando ocasion para que las gentes murmuren... Si te decides á seguir mis consejos...
NARCISO. Habla: ¿qué quieres de mí?
HORTEN. Ante todo, es preciso que mi tia no sepa nada.
NARCISO. Corriente.
HORTEN. Despues... (*Deteniéndose y escuchando por la primera puerta derecha.*)
NARCISO. Despues, ¿qué?
HORTEN. ¡Ay Dios mio de mi vida!
NARCISO. ¿Qué te pasa?
HORTEN. ¿No oyes?
NARCISO. Con efecto: álguien sube por esta escalera.
HORTEN. ¡Buena la hemos hecho!
NARCISO. ¿Qué apostamos á que es tu marido?
HORTEN. Nadie más que él tiene la llave de esta puerta.
NARCISO. ¡Dios nos asista!
HORTEN. No temas. Entra en ese cuarto.
NARCISO. Pero mujer...
HORTEN. Pronto. (*Le empuja dentro de la segunda habitacion izquierda y cierra la puerta.*)

ESCENA VIII.

HORTENSIA, *y el* CORONEL *por la derecha. Este al entrar echa la llave á la puerta y se la mete en el bolsillo.*

CORONEL. (*Agitado y con aire misterioso.*) ¡Ah! Hortensia, ¿eres tú? ¿Me esperabas?
HORTEN. Sí; te he sentido subir la escalera.
CORONEL. (*Mirando á todos lados con recelo.*) ¿Ha venido álguien?
HORTEN. No: digo, sí; mi tia, que está allá dentro.

CORONEL. ¿Y nadie más?
HORTEN. ¿Quién más habia de venir?
CORONEL. (*Mirando el reloj.*) (Es verdad. Aun falta media hora.)
HORTEN. Yo te hacía ya cerca de Guadalajara.
CORONEL. Con efecto... pero un aviso que recibí cuando me dirigia á la Estacion, me hizo cambiar de propósito.
HORTEN. ¡Qué agitado estás! ¿Te sientes malo?
CORONEL. (*Bruscamente.*) Yo no me pongo malo nunca.
HORTEN. (*Con temor.*) Creí...
CORONEL. (Me parece que será mejor enterarla de todo. Ella es prudente, y ademas sabe lo que son estas cosas.)
HORTEN. (¿Qué estará pensando?)
CORONEL. Hortensia, acércate. Tú, aunque no sea mucho, me tienes afecto, ¿eh?
HOREN. ¡Yo! ¡Pues ya lo creo!
CORONEL. Y serías incapaz de cometer conmigo una infamia.
HORTEN. ¡Ay! ¿Por qué dices eso?
CORONEL. Tú sabes muy bien que si tal sucediera, mi venganza sería terrible...
HORTEN. (¡Dios mio! ¿Si sabrá?...)
CORONEL. (*Tomándola una mano.*) ¿Por qué tiemblas?
HORTEN. Por nada.
CORONEL. A fe mia, no es la primera vez que te hallas en un caso como este.
HORTEN. ¿Yo?
CORONEL. ¡Chist! Calla. (*Bajando la voz y con mucho misterio.*) ¡La cosa está que arde.
HORTEN. ¿Qué quieres decir?
CORONEL. (*Idem.*) Dentro de media hora, cien leones vendrán por esa escalera secreta á reunirse en esta sala.
HORTEN. ¡Cien leones! ¡Vamos, ya caigo, querán devorar el presupuesto!
CORONEL. Calla!..
HORTEN. Pero, hombre, ¡otra conspiracion!
CORONEL. La de ahora es vasta, grandiosa, con extensas ramificaciones en toda la península. Tenemos de nuestra parte... ¿qué dirás tú?
HORTEN. ¡Toma! ¿Yo qué sé?
CORONEL. (*Ahuecando mucho la frase.*) ¡Tres batallones!
HORTEN. ¡Jesus, qué atrocidad!
CORONEL. Yo te aseguro que ántes de un mes te llamarán la señora generala.
HORTEN. Si no se descubre el pastel y os mandan á todos á Filipinas.
CORONEL. ¿Y qué? Mejor. Con eso se visitan países que de otro modo no veria uno nunca.
HORTEN. ¡Por Dios! reflexiónalo bien.

CORONEL. Ya es tarde para eso. Cuenta con cometer una indiscrecion, porque entónces... (*Amenazándola.*)
HORTEN. ¡Ay!.. (*Asustada.*)
CORONEL. Dí á la Baronesa que ahora pasaré á saludarla: tengo que dar ántes algunas órdenes á los criados...
HORTEN. (¡Y Narciso que no va á poder salir!)
CORONEL. Vamos, anda.
HORTEN. Sí, voy en seguida. (*Vase por la primera puerta izquierda, y el Coronel por el foro.*)

ESCENA IX.

NARCISO, *vestido de Pierrot, asoma la cabeza con mucho cuidado.*

NARCISO. No se oye nada: sin duda andan por allá dentro. Hé aquí una magnífica ocasion para evaporarme. Con el pretexto del carnaval y merced á este traje que el lacayo dejó en ese cuarto, estoy seguro de salir sin infundir sospechas. ¡Ay! si yo hubiera sabido de quién era esta casa, cualquiera me hace poner los piés en ella. Mentira me parece que voy á verme en la calle. (*Se dirige hácia el foro, y retrocede asustado al oir al Coronel.*)

ESCENA X.

DICHO *y el* CORONEL, *que figura hablar desde el foro con los criados.*

CORONEL. Cerrad todas las puertas.
NARCISO. ¡Cielos!
CORONEL. Que nadie entre ni salga por este lado.
NARCISO. (¡Aquí murió un perfumista!)
CORONEL. (*Reparando en Narciso*) (¿Eh? ¿Qué veo? Ese traje... (*Mirando el reloj.*) Sin embargo, faltan todavía veinte minutos.) (*Avanzando resueltamente hácia Narciso.*)
NARCISO. (¡Ahora me convierte en bandolina!)
CORONEL. ¿Ha entrado V. por esa puerta?
NARCISO. ¿Entrado?.. (¡Quién hubiera salido!)
CORONEL. Responda usted.
NARCISO. (*Confuso.*) Sí... sí, señor. (Lo mismo da.)
CORONEL. (Bien puede ser de los nuestros.)
NARCISO. (¡Cómo me observa!)
CORONEL. (*Acercándose más á Narciso.*) La contraseña...
NARCISO. ¿Eh?
CORONEL. ¡Pronto!
NARCISO. Pero... (¿Qué será esto?)
CORONEL. ¡Por mi nombre!.. (*Amenazándole.*)

NARCISO. Caballero, no se sulfure V.: ya que no hay otro remedio, le diré que yo estoy aquí por...
CORONEL. ¡Vivo!...
NARCISO. Por carambola...
CORONEL. Y palos. (*Prontamente.*)
NARCISO. ¿Cómo palos? (*Retirándose.*)
CORONEL. Eso es: carambola y palos. Venga esa mano.
NARCISO. (*Dándosela maquinalmente.*) (Estará loco?)
CORONEL. No se fiaba V. de mí, ¿eh?-(*Risueño.*)
NARCISO. No, señor. (Ni me fio todavía.)
CORONEL. Bien hecho; pero una vez que ya sabemos quiénes somos, y lo que queremos, podemos charlar un rato miéntras llegan los otros.
NARCISO. ¿Los otros? ¡Ah! Sí. (¿Quiénes serán los otros?)
CORONEL. Tenemos todavía un cuarto de hora.
NARCISO. (A un cuarto de legua quisiera yo verme!)
CORONEL. (*Presentándole una silla, y ocupando él otra.*) La policía anda con cada ojo como un mojicon. (*Con mucho misterio.*)
NARCISO. ¡Me alegro!
CORONEL. ¿Eh? (*Con gran extrañeza.*)
NARCISO. (*Cambiando el sentido de la frase.*) Me alegro de saberlo.
CORONEL. A eso obedece la idea del disfraz. De ese modo se puede entrar y salir en todas partes sin infundir sospechas.
NARCISO. (¿Qué querrá darme á entender?)
CORONEL. Por algo estamos en carnaval.
NARCISO. ¡Ah, está claro!
CORONEL. Conque entremos en materia.
NARCISO. Vamos allá.
CORONEL. Usted es partidario de los palos?
NARCISO. (*Desviando su silla de la del Coronel todo la posible.*) ¿Eh? ¿Cómo de los palos?
CORONEL. ¿No le parece á V. que debemos dejarnos de contemplaciones y armar una de dos mil demonios? (*Acercando su silla. Narciso desvia la suya.*)
NARCISO. (¡Ave María Purísima!)
CORONEL. Yo creo que una buena paliza puede más que ochenta discursos. (*El mismo juego.*)
NARCISO. (¡Yo estoy sudando de miedo!)
CORONEL. Veamos la opinion de usted.
NARCISO. ¿Mi opinion? (¡Qué sarcasmo!)
CORONEL. Hable V., hombre. (*Sujetando la silla de Narciso.*)
NARCISO. Pues... mi opinion es... que me deje V. marchar cuanto ántes...
CORONEL. ¡Cómo!
NARCISO. Yo le prometo á V. no poner más los piés en esta casa. (*Va á irse. El Coronel le sujeta.*)
CORONEL. ¡Eh! poco á poco. Yo soy dueño de pensar como me aco-

mode; y si deseo terminar cuanto ántes este asunto es porque comprendo que el país lo está necesitando.

NARCISO. ¡Qué disparate! Si el país no se mete en nada: créame usted. (*El mismo juego.*)

CORONEL. Pues yo sostengo que este Gobierno tiene enfrente de sí á la opinion pública.

NARCISO. ¿Eh?

CORONEL. El periódico y la tribuna son ineficaces, y no queda otro recurso que andar á balazos.

NARCISO. ¿A balazos? (Vamos, ya comprendo, ¡se trata de una conspiracion!)

CORONEL. Atrévase V. á sostener lo contrario.

NARCISO. No, señor; ¡pues no faltaba más! Si estamos conformes en que usted es .. (un salvaje.)

CORONEL. ¿De véras? ¿Luego se declara V. partidario de los medios enérgicos?

NARCISO. Sí, señor, sí; leña, mucha leña... (no siendo á mí).

CORONEL. ¡Magnífico! Déme V. esa mano.

NARCISO. (Y van dos.)

CORONEL. A cien leguas se conoce que es V. todo un valiente.

NARCISO. (¿Dónde tendrá este hombre los ojos?)

CORONEL. En la reunion de hoy pienso explanar mi proyecto.

NARCISO. ¡Hola! ¿Conque hay reunion?

CORONEL. Hombre, ¡vaya una pregunta! Ya sabe V. que debiamos celebrarla en Guadalajara; pero una delacion infame...

NARCISO. ¡Ah! sí, no me acordaba. (Esto se complica.)

CORONEL. Para evitar una nueva traicion que lo eche á perder todo, propongo que la zambra tenga efecto esta misma noche.

NARCISO. (¡Aprieta!)

CORONEL. Ya ve V.: contamos con tres batallones.

NARCISO. ¿Nada más?

CORONEL. Qué ¿le parece á V. poco para armarla?

NARCISO. Al contrario. Otros lo han hecho con ménos.

CORONEL. Pues, como decia, una vez reunidos aquí...

NARCISO. ¿Aquí? ¿Los tres batallones?

CORONEL. No, hombre: los conjurados.

NARCISO. ¡Ah!

CORONEL. Se discute mi plan; se aprueba; nos lanzamos á la calle; damos el grito...

NARCISO. ¡Ay! (*Asustado.*)

CORONEL. Qué es eso?

NARCISO. (*Cambiando de tono.*) ¡Ay... qué magnífico plan!...

CORONEL. Le gusta á V. ¿eh?

NARCISO. Mucho. (¡Maldito seas!)

CORONEL. Venga esa mano.

NARCISO. (Y van tres.)

CORONEL. Yo sé mucho de estas cosas.

NARCISO. Ya veo.
CORONEL. Así como otros disfrutan yendo al café ó fumándose un veguero, yo gozo conspirando: eso no se puede remediar.
NARCISO. (Ya te haria yo remediarlo.)
CORONEL. Y crea V. que si no hubiera sido así...
NARCISO. Es claro... (no habria pasado de ranchero.)
CORONEL. Este país está perdido.
NARCISO. (No hay que preguntar quién tiene la culpa.)
CORONEL. Pero en las proclamas que he hecho circular, propongo el remedio.
NARCISO. ¡Hola! ¿proclamitas?
CORONEL. La redaccion de ellas es la misma de siempre: lo único que varío es la fecha.
NARCISO. Ya estoy. (¡Este hombre es una calamidad!)
CORONEL. (*Mirando el reloj.*) ¡Diantre! Cinco minutos más de la hora, y nuestros amigos no vienen. (*Se pone á escuchar junto á la puerta secreta.*)
NARCISO. Estarán haciéndose la barba.
CORONEL. Sin duda ocurre algo grave.
NARCISO. (No me llega la camisa al cuerpo.)
CORONEL. Si los acontecimientos se hubieran precipitado; si nuestra presencia fuese necesaria en otro sitio... (*Sin dejar de escuchar.*)
NARCISO. (Esta es más negra.)
CORONEL. ¿Trae V. armas?
NARCISO. ¿Armas? Sí, señor; aquí tengo un cortaplumas.
CORONEL. Eso no sirve para nada. Voy á traerle á V. un revólver.
NARCISO. (¡Cáscaras!) Caballero, mire V. que yo...
CORONEL. Vuelvo pronto. (*Váse por la primera puerta izquierda.*)

ESCENA XI.

NARCISO; *despues* TORIBIO.

NARCISO. ¡Ánimas benditas! ¡Yo metido á conspirador, yo disparando tiros por esas calles, expuesto á matar á todos mis parroquianos! ¡Qué horror! ¿Y por dónde escapo? ¡Ese bárbaro ha mandado cerrar todas las puertas! ¡Ay. Creo que me voy á desmayar... (*Saca un pomito del bolsillo y se lo aplica á la nariz.*) ¡Qué incapaz me he puesto!... ¡Y nadie viene á socorrerme!... (*Viendo á Toribio, que aparece por el foro con una carta en la mano.*) ¡Ah! ¡Ya me salvé!
TORIBIO. ¡Calle! ¿qué estoy mirando? ¿se ha puesto V. mi traje de Pirrote?
NARCISO. ¡Chist! Habla más bajo.
TORIBIO. ¡Eh!

NARCISO. Es una broma que quiero dar al Coronel.
TORIBIO. ¿A mi amo? (*Riéndose.*)
NARCISO. Sí tal: como somos tan amigos... Pero en este momento se me ha ocurrido otra idea. (*Se quita rápidamente el disfraz.*)
TORIBIO. ¿Y cuál es?
NARCISO. Que te pongas en mi lugar.
TORIBIO. ¿Yo?
NARCISO. Sí, tú mismo. (Y miéntras se descubre el pastel, buscaré por dónde escaparme.)
TORIBIO. Vamos, V. quiere sin duda que el amo me rompa una chuleta.
NARCISO. No temas nada: yo me ocultaré en esa habitacion, y ántes de que pueda conocerte...
TORIBIO. Señorito, la verdad... yo no me atrevo...
NARCISO. (¡Por vida! Y el otro que va á volver...) (*Como concibiendo una idea.*) (¡Ah!) ¿Ves estos cuatro duros? (*Le enseña una moneda que saca del bolsillo.*)
TORIBIO. ¡Vaya si los veo!
NARCISO. Son para tí...
TORIBIO. (*Va á tomarlos. Narciso retira la mano.*) Muchas gracias.
NARCISO. Esto es, si te decides á complacerme.
TORIBIO. De modo que á tanto suplicar... Siendo V. tan amigo del amo...
NARCISO. Acaba.
TORIBIO. Me decido.
NARCISO. (¡Gracias á Dios!) (*Ayudándole rápidamente á vestirse.*)
TORIBIO. Por supuesto, que V. no dirá que este traje es mio.
NARCISO. ¡Qué disparate!
TORIBIO. Guardaréme la carta para dársela luégo. (*Se la mete en un bolsillo.*)
NARCISO. Ahora, la careta.
TORIBIO. (*Poniéndosela.*) ¿Estoy propio?
NARCISO. ¡Vaya! Ahora colócate aquí, y cuidado con decir ni una palabra. (*Coloca á Toribio en situacion conveniente, y se dirige hácia el foro.*
TORIBIO. Señorito, ¡eh! señorito.
NARCISO. ¿Qué quieres?
TORIBIO. Cuidado que yo no hago esto por lo de los cuatro duros.
NARCISO. Es verdad, se me habia olvidado. (*Dándole dinero.*)
TORIBIO. Es un decir nada más... (*Se lo guarda.*)
NARCISO. (Ahora que se las arreglen como puedan.) *Echa á correr por el foro.*)

ESCENA XII.

TORIBIO. *Despues, el* CORONEL.

TORIBIO. (*Que estará colocado de espaldas al foro y con la careta puesta.*) Señorito... que no se vaya V. á descuidar... mire V. que el amo me va á conocer en la cara que todo esto es una broma. (¡Desde que tengo los cuatro duros en el bolsillo me ha entrado otra vez un miedo... Siento pasos... ¡El amo!)

CORONEL. (*Saliendo.*) Ya podemos marchar cuanto ántes.

TORIBIO. (Paréceme que será mejor contárselo todo.)

CORONEL. Vamos.

TORIBIO. ¡Chist! (*A media voz y haciéndole señas de que se acerque.*)

CORONEL. ¿Eh? (*Con extrañeza.*)

TORIBIO. Soy yo; todo esto es una broma.

CORONEL. ¡Qué oigo! Esa voz...

TORIBIO. ¿Qué apostamos á que me ha conocido?

CORONEL. (*Arrancándole la careta.*) ¡Voto á mil bombas! ¡Qué veo! ¡Eres tú, avestruz!

TORIBIO. ¿No dije que me habia conocido? (*Acercándose á la segunda puerta izquierda, donde supone que está escondido Narciso.*) Salga V. ya, señorito.

CORONEL. ¿Qué significa esta farsa ridícula? Habla ó te desuello vivo.

TORIBIO. Dígole á V. que todo esto es cosa de su amigo (*Riéndose.*)

CORONEL. ¿Quién?

TORIBIO. El que vino hace poco.

CORONEL. ¡Por mi nombre! Yo te obligaré á que confieses la verdad.. (*Saca un revólver. Toribio se deja caer de rodillas juntando las manos en actitud suplicante.*)

TORIBIO. ¡Ay, señor, no me mate V.; yo soy inocente!

CORONEL. ¿Quién te ha hecho vestir de ese modo? Acaba.

TORIBIO. Ya lo he dicho: el señorito que estaba aquí... me dió tales razones que no pude resistirme.

CORONEL. ¡Desdichado de tí como me engañes!

TORIBIO. Júrole que digo la verdad: por cierto que yo venía á dar á V. esta carta que acababan de traer.

CORONEL. ¿Una carta? Venga.

TORIBIO. Tome V. (*Dándosela.*)

CORONEL. (*Leyéndola rápidamente.*) «Todo ha fracasado; algun traidor nos vende sin duda...» ¡Rayos y centellas!

TORIBIO. (¡Parece que echa chispas!)

CORONEL. Ahora lo comprendo todo; ese infame se ha introducido aquí para expiarme!

TORIBIO. (¿Qué dice?)

CORONEL. Pronto, ¿dónde está?
TORIBIO. ¿Quién? ¿su amigo de V.?
CORONEL. (*Amenazándole.*) ¡Por vida! ¿Se ha escapado? Responde.
TORIBIO. Yo no sé; pero todas las puertas están cerradas, como usted me mandó.
CORONEL. Entónces está oculto dentro de la casa.
TORIBIO. Créolo yo así.
CORONEL. ¡Oh! Yo daré con él. Tu vida me responde de la suya.
TORIBIO. Señor, yo...
CORONEL. Vé delante...
TORIBIO. Pero...
CORONEL. Voto á...
TORIBIO. Ya voy. (¡Qué Carnaval tan divertido.) (*Vanse los dos por el foro.*)

ESCENA XIII.

HORTENSIA *y la* BARONESA *por la primera puerta izquierda.*

BARON. Conque dices que tu esposo...
HORTEN. Acaba de despedirse de mí hace un instante; sin duda se ha marchado con los conjurados.
BARON. ¡Jesus, qué hombre tan tenebroso! ¡Siempre maquinando conflagraciones!
HORTEN. ¡Si viéra V. qué susto he pasado!...
BARON. ¡Pues y el pobre Narciso!
HORTEN. ¡El que es tan encogido!...
BARON. Procedamos á su liberacion.
HORTEN. Dice V. bien: el momento no puede ser más oportuno. (*Se dirige á la segunda puerta izquierda.*)
BARON. (¡Cómo palpita mi corazon al presentirle!)
HORTEN. (*Desde la puerta.*) Vamos, Narciso, ya puedes salir.
BARON. (Ya siento sus pasos.)
HORTEN. ¿No me oyes?
BARON. (Ya percibo su aliento.)
HORTEN. (*Mirando hácia dentro.*) ¡Cielos!
BARON. ¿Qué ocurre?
HORTEN. ¡No está!...
BARON. ¡Dios poderoso!...
HORTEN. Si le han descubierto, está perdido sin remedio!
BARON. ¡Calla! ¡Eso sería horripilante!
HORTEN. El Coronel es capaz de todo.
BARON. ¡Desdichado jóven! ¡Tal vez su sangre generosa corre en este momento!
HORTEN. ¡Ah!
BARON. ¡Hortensia! ¡Tú has agostado la flor de mi esperanza!...
HORTEN. ¡Cómo!

BARON. Sábelo de una vez: Narciso es el del tramvía, el del bote de pachulí.
HORTEN. ¡Esto más!...
BARON. ¡Con él desaparecen mis ilusiones de cuarenta años!
HORTEN. ¿Conque V. le ama?
BARON. Sí, le amo, y una mano aleve le sacrifica... (*Se oye dentro un estrépito muy grande, voces y ruido de vidrios que se rompen.*)
LAS DOS. ¡Ah!

ESCENA XIV.

DICHAS, *y* NARCISO *por el foro, pálido, desencajado y en el mayor desórden.*

NARCISO. ¡Misericordia!
HORTEN. ¡Él!...
BARON. ¡Vive!
NARCISO. ¡Defiéndanme ustedes, por Dios!
BARON. ¿De quién?
NARCISO. Del Coronel, que quiere matarme... Por huir de su furor he roto una vidriera con la cabeza!...
HORTEN. ¡Jesus!...
BARON. ¡Dia funesto!...
NARCISO. ¡Escóndanme ustedes pronto!
CORONEL. (*Dentro.*) ¡Miserable!
NARCISO. ¡Ay, ya está ahí! (*Se esconde en el balcon.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, *y el* CORONEL, *que al ver á* NARCISO *entrar en el balcon, se lanza en su seguimiento.*

CORONEL. ¡Ahora no te escapas!
BARON. (*Poniéndose delante del balcon en actitud dramática.*) ¡Atras, Atila!!
CORONEL. (*Con ira.*) ¡Baronesa!...
BARON. Para llegar hasta él, hay que pasar ántes sobre mi cadáver.
CORONEL. ¡Qué oigo! Usted defiende á un infame espía, á un enemigo de su patria?
BARON. Coronel, esa suposicion es calumniosa.
CORONEL. ¿Qué dice V.?
BARON. El tierno adolescente objeto de esa saña es...
CORONEL. Acabemos.
BARON. Mi amante.
HORTEN. (¡Cielos!)

CORONEL. ¡Es posible!...
BARON. Yo he abusado de la hospitalidad de V., yo le he dado esta cita, y yo soy el único ente responsable.
CORONEL. ¡Ira de Dios! Pues la equivocacion ha podido costarle cara.
HORTEN. (¿Qué ha hecho V., tia?)
BARON. (Mi deber.)
CORONEL. (*Que ha guardado el revólver y se dirige al balcon.*) Vamos, amiguito, salga V. sin miedo. (*Le saca de una mano.*)
NARCISO. (*Temblando y con tono suplicante.*) Caballero...
CORONEL. ¡Eh! ¡Qué demonios! No tiemble V.; si hubiera V. hablado ántes...
NARCISO. ¿Yo?
HORTEN. (*Al oido á Narciso.*) (Dí que sí.)
NARCISO. (¿Eh?) ¡Ah! sí, señor, sí.
CORONEL. No sólo pido á V. perdon, sino que me ofrezco á ser el padrino de la boda.
NARCISO. (¿Qué dice este hombre?)
BARON. (No sé si podré soportar el rubor.
CORONEL. Pero le advierto que no me gustan tapujos en mi casa. Dé V. la mano á su futura. (*Le lleva junto á la Baronesa.*)
NARCISO. ¡Eh, caballero, poco á poco!
HORTEN. (Consiente, ó eres perdido.) (*Al oido á Narciso.*)
CORONEL. ¿Es decir que rehusa V.? ¡Pues voto á mi nombre!...
NARCISO. No, señor, no; si es que... la... emocion... la... (*Corriendo aturdido al lado de la Baronesa.*) ¡Esposa mia!
BARON. (¡Me amaba!) (*Con entusiasmo amoroso.*)
NARCISO. (Del mal el ménos.)
HORTEN. (¡Pobre Narciso!)
BARON. (*A Narciso.*) ¿Me querrás mucho?
NARCISO. Mucho. Seré un marido bergamota.
CORONEL. La boda, mañana mismo.
NARCISO. (Y al otro dia me paso al moro.)

(*Al público.*)

Aunque humilde embajador,
tengo la mision sagrada
de pedir una palmada
siquiera para el autor.
Y pues nada hay que resista
á tu fallo soberano,
no desoigas inhumano
el ruego de un perfumista.

(*Cae el telon.*)

3 0112 115872035

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corrresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.